

*Un poco de pasta basta*

Estaba segura de que los rayos de sol no solían tener malas ideas. Ni buenas. Ni nada que se le pareciera. Pero ese rayo de sol sí que las tenía. No sabía muy bien cómo, había conseguido atravesar el espeso cortinaje de la habitación de hotel en la que me alojaba y se había posado sobre mi resacoso rostro. Intenté zafarme de él, pero parecía decidido a hacerme la vida imposible o, por lo menos, a que me levantara de una vez; o sea, a hacerme la vida imposible.

—¡Ohhhhhhhhhh! —gemí. Pero no debí de darle la suficiente pena como para que abandonara su cruel actividad. Era un sol terco, de esos que se complacen en su propia maldad, aunque flojo y como desvaído, que no calentaba ni reconfortaba: sólo buscaba los ojos para cegarlos. En fin, no tendría más remedio que levantarme.

Era lo mejor que podía hacer. Porque era tarde, tarde, tarde, tardísimo.

Normalmente soy una persona decente, con un sistema horario al estilo europeo y la puntualidad como bandera. Pero aquel lunes no me sentía nada suiza y sí más española.

Tenía gracia que aquello me tuviera que pasar precisamente cuando estaba en Ginebra y no en Madrid. Porque, en efecto, estaba en Suiza y tenía una importante reunión al cabo de un par de horas. Ni un minuto más ni un minuto menos.

Miré varias veces el reloj con la esperanza de comprobar que me había equivocado y que aún tenía derecho a veinte minutos más de sueño. Pero no. Era muy tarde y lo extraño era que Gandarias y su ayudante, Paz, no se hubieran dedicado ya a aporrear la puerta de mi habitación.

Formábamos una extraña comitiva: Gandarias, Paz (la ayudante de Gandarias), Thierry (el estratega de la agencia), el presidente y yo. Quizá, por eso, la noche anterior me había resultado más extraña aún. ¿Cómo podíamos habernos emborrachado de aquella mala manera tras la cena en el hotel? Aunque, ¿qué otra cosa podríamos haber hecho en aquel aburrido país a las ocho de la tarde? Y sobre todo en domingo. ¿Fondues de queso? ¿Arreglar relojes de cuco?

Para complicar aún más la situación, apenas había dejado de nevar desde que habíamos aterrizado en el Geneva International Airport unas horas antes, y el frío era tan intenso que ni siquiera habíamos podido salir del hotel. Era desesperante, sobre todo teniendo en cuenta la estricta normativa que prohibía fumar en todas y cada una de las estancias del Hôtel de la Paix y lo necesitados que estábamos

los españoles por fumar.\* Hasta Thierry, nuestro estratega francés, era profundamente español en ese aspecto y estaba perdidamente apegado a sus puritos con olor a vainilla. ¡Ay!, qué no habríamos dado la noche anterior por volver a oler aquel delicioso aroma a hojas de tabaco quemándose mezclado con la esencia de vainilla, el alquitrán, el amoníaco y los demás ingredientes desconocidos...

Cualquiera que hubiese visto aquel lujoso hotel y nos hubiera mirado a nosotros, desencajados, nerviosos, derrotados tras el viaje, se hubiera preguntado qué demonios hacíamos en un sitio como aquél, tan suizo, tan elegante, sereno e indefectiblemente caro.

De hecho, el presidente no había dejado de preguntárselo una y otra vez en voz alta desde que había llegado.

—¡Cuatrocientos euros por habitación! ¡Cuatrocientos euros! Pero ¿quién se cree que soy esta mujer? ¿El maldito Rockefeller? —Era un hombre con tendencia a añadir letras y hasta sílabas a los nombres extranjeros. En su boca «Rockefeller» se convertía en un fan de «Elvis», «Schopenhauer» se

\* Ni una mísera terraza con calefactores de exterior como en nuestro país, ni una pequeña sala de fumadores y, lo peor, ni una migaja de comprensión por parte de aquella tropa de suizos estrictos con cada artículo de la normativa antitabaco. Si al menos alguien hiciera la vista gorda. O la meteorología acompañara, como en España... Aquello auguraba una estancia repleta de congelaciones fulminantes y miembros amputados. O de españolitos subiéndose por las paredes.

transformaba en el pianista filósofo «Chopinbauer», «Caravaggio» era «Caracaballo»—. ¿Es que no hay pensiones de mala muerte en Ginebra? Esta secretaria mía es idiota.

En eso tenía razón: en efecto, su secretaria era idiota.

Él la había elegido personalmente entre cientos de fantásticos currículos gracias a sus prodigiosas dotes físicas, especialmente en la zona delantera, y a pesar de sus escasas neuronas. Pero había que reconocer que, aquella vez, Vanessa con dos eses (¿de qué otra forma se podía llamar una secretaria así?) había hecho las cosas bien y el Hôtel de la Paix era un cinco estrellas al borde del lago Lemán y a un paso del centro de la ciudad. Resultaba tan perfecto que lo más probable es que hubiera sido un error y ella creyera estar reservando varias habitaciones en un hotel de Bangkok. La chica era así, exuberante como una pastilla efervescente en un vaso de agua, y con la misma capacidad intelectual.

Mi habitación daba al jardín nevado y estaba decorada con gigantescos pétalos de rosa y tejidos rojos, la mayoría de los cuales eran seda o algo muy parecido a la seda. Perfecto si aquello hubiera sido una novela de Barbara Cartland y en la misma cama hubiera estado esperando un atractivo hombre con el torso desnudo y labios sensuales.

Pero no. Aquello era la triste realidad y yo no era una campesina de curvas opulentas y pechos turgentes con, ¡oh, sorpresa!, sangre azul en las venas y una melena llena de ri-

zos que se agitara al viento; y, desde luego, no tenía a nadie con quien compartir aquel lecho de metro sesenta de ancho y sus fabulosas vistas. Desde hacía meses. En realidad tampoco lo echaba tanto de menos... Bueno, algo sí, pero, si tenía que elegir, prefería quedarme con las curvas opulentas y la melena llena de rizos. A veces es mejor estar sola que en compañía de un dios del sexo que te distrae de tus quehaceres diarios. Aunque, como dijo la zorra, las uvas no están maduras.

Después de refrescarnos y dejar nuestras maletas de fin de semana, habíamos cenado en el restaurante del hotel, el Vértig'O, que, según la publicidad de la cadena, era «el lugar ideal para degustar una cocina ligera y creativa de aromas mediterráneos». Era gracioso que, cuando estábamos en una de las cunas de la dieta mediterránea (España), comíamos casi todo el tiempo en restaurantes japoneses, pero cuando íbamos a un lugar en el que no habían visto el Mediterráneo en su vida, acudíamos entusiasmados a las raíces mediterráneas. Lástima que el presidente sólo nos dejara pedir una ligera ensalada (mediterránea, por supuesto) a cada uno y vino del malo.

—Para compensar la pasta por la que me está saliendo este viajecito, guapos. Que vosotros sois capaces de pedir ostras sabiendo que no las vais a pagar. Que en cuanto os dan la mano os cogéis el pie. Que os ha hecho la boca un

fraile. Que pensáis que soy el Banco de España. Que el dinero no se coge de los árboles... —Y había seguido un buen rato recitando dichos populares, en los que era casi tan experto como en nombres extranjeros.

A continuación, habíamos pasado al bar Nobel del hotel, que, según el mismo folleto «conducía a la meditación». Sustitúyase «conducía» por «empujaba» y «meditación» por «cogorza» y tendréis una imagen más acertada de la realidad. Al presidente, el vino malo de la cena le había sentado fatal: no sólo no lo había disfrutado en absoluto, sino que lo había achispado bastante, de manera que en el bar estaba irreconocible, dando abrazos a todo el mundo y diciendo que nos quería y que pidiéramos lo que deseáramos, que él pagaba. Que no se reparase en gastos. Que, aunque él no era tan rico como «Bill Gatos», le daba igual si nosotros estábamos contentos. Que obtiene más el que da que el que recibe. Que la suerte de la fea, la guapa la desea. Que éramos todos de puta madre. Que otra ronda para estos señores. Por desgracia no habíamos podido volver atrás en el tiempo para cenar en condiciones, aprovechando que el presidente estaba tan generoso, así que nos dimos a la bebida. Barra libre para unos españoles, no digo más. Qué más querían en aquel bar que empujaba a la meditación. De pronto, aquel lugar elegante se había convertido en un salón de bodas. Pero sin música de órgano.

Volví a gemir.

En mi hemisferio derecho, un grupo percusionista tocaba la *Marcha Radetzky* con gran profusión de agudos. En el izquierdo sólo había una manada de elefantes trotando. Salí de la cama tras una tirante negociación con todos los miembros de mi cuerpo y me dirigí a paso lento hacia el cuarto de baño, donde pude comprobar que las ojeras me llegaban hasta las rodillas y que me habían salido tres canas nuevas.

Perdonad por el patético espectáculo; normalmente no soy así.

—De hecho, suelo tener mucha mejor pinta que ésta —murmuré, mirándome de todas las maneras posibles en el amplio espejo del cuarto de baño del hotel. Mi pelo, por lo general brillante y alisado, ofrecía el mismo aspecto que el de una aspirante al puesto oficial de Medusa, y las ojeras favorecían la presencia de unas patas de gallo incipientes alrededor de mis ojos color ámbar. Durante mis treinta y dos años de vida había escuchado demasiados discursos sobre lo atractiva y guapa que era, pero la verdad es que no terminaba de creérmelo. Sobre todo porque, la mayoría de las veces, los emisores de dicho mensaje habían sido tíos que sólo querían llevarme al huerto o agentes inmobiliarios tratando de venderme una caja de zapatos al precio de una mansión.

Para mi gusto, yo era demasiado normal dentro de la más

absoluta de las normalidades. Metro sesenta y tres, cincuenta y seis kilos, media melena castaño vulgar y poco más.

Nada reseñable: ni grandes pechos, ni grandes caderas, ni piernas largas, ni labios gruesos y sensuales. Sólo, quizá, los ojos. Una chica normal en la que los chicos apenas se fijan. O, si se fijan, lo hacen en sus ojos: «¿Te han dicho alguna vez que tienes unos ojos preciosos?»; «¿Y a ti que la originalidad no ha subido nada según el IPC, tacaño?». Los ojos. Muy agradecidos, pero no sirven para seducir a príncipes azules. «¿Te han dicho alguna vez que tienes unos ojos de resaca brutal, rodeados de unas patas de gallo que parecen una granja?» En fin, tendría que concentrar todas mis fuerzas en el rímel.

Abrí el grifo de agua caliente y esperé hasta que cogió temperatura. Me di una ducha larga, intentando rememorar los intensos acontecimientos de la noche anterior. El presidente había pensado que un par de gin-tonics de más eran justo lo que necesitaba su equipo para acudir a aquella reunión cargados de fuerzas, fe, firmeza y todo tipo de palabras que empezaban por la letra «efe».

Era un hombre que creía en el poder motivador del alcohol.

Con sinceridad, en semejantes circunstancias, yo sólo conseguía sentirme en inferioridad y cargada de dolor de cabeza, resaca y regusto a quién sabe qué. Probablemente,



a los otros tres gin-tonics de más que no habían venido a cuento pero que el presidente me había obligado a meterme entre pecho y espalda.

—Tenemos que conseguir a este cliente. Sea como sea, cueste lo que cueste, «ojo por ojo» —había argumentado para luego dar un puñetazo elevado de tono sobre la barra del silencioso bar, que, como ya sabéis, invitaba a la reflexión.

Los camareros suizos nos habían mirado llenos de reproches, pero incapaces de llamarnos la atención. Les daba pudor acercarse a nosotros para regañarnos, aunque se los veía notablemente incómodos. No por los dos vasos que había derramado el presidente en un momento de arranque emocional, sino por el exceso de ruido que nuestro grupo estaba provocando en su elegante local y que estaba estropeando la meditación de otros clientes más reflexivos, mayoritariamente no españoles. Bueno, en realidad, todo el personal del hotel se había pasado la noche lanzándonos miradas asesinas. Nuestra charla incesante, risas y ademanes exagerados no eran algo a lo que estuvieran acostumbrados. Y mucho menos cuando pasamos a la segunda fase de la borrachera y enlazamos los chistes tontos con las canciones de las series de dibujos animados de los años setenta y ochenta, como comenzaba a ser cada vez más habitual entre los treintañeros publicitarios.

—Eran uno, dos y tres los famosos mosqueperros. El pequeño Dartacán siempre va con ellos. Amis, Ponthos, Dogos son los tres mosqueperros. Sus hazañas, más de mil, nunca tienen fin.

Me apoyé sobre la pared de la ducha enrojecida por la vergüenza. ¿Qué más habríamos hecho después de aquello?

Era patético.

Habíamos viajado el día anterior a Ginebra, donde se encontraba la sede de Organics, la marca de belleza más *in* del momento. El presidente de mi agencia estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de conseguir la publicidad de esa firma cosmética. Aunque eso incluyera pagar cinco pasajes de avión y cinco multiplicado por x cubatas en uno de los bares más lujosos de la ciudad suiza, así como prometernos sustanciosas cestas de Navidad con jamones Cinco Jotas y auténtico queso curado manchego. Promesas que a saber si cumpliría, porque lo de los cubatas era sin duda la euforia del momento y de los cubatas anteriores. Pero en la frialdad de su despacho de Madrid, cuando tuviera que firmar la factura de los ibéricos, ¿se mantendría firme o flojearía y buscaría cualquier excusa para desdecirse? Por mi parte, me había pasado las últimas dos semanas de mi vida levantándome y acostándome con Organics. No por hacerle un favor a la agencia de publicidad en la que trabajaba, Johnson & Jackson (o, para el caso, al presidente, quien se em-

bolsaría varios millones de euros si cerraba la operación), sino porque me gustaba mi trabajo y Organics era el tipo de cliente para el que me apetecía trabajar.

Para empezar, un cliente que parecía aprobar la publicidad bien hecha.

Y eso, en pleno siglo XXI, no era muy común.

Llevaba más de diez años trabajando en el negocio y había visto prácticamente de todo, pero era realmente extraño encontrarse con una empresa que estuviera dispuesta a apostar por una publicidad llamativa, distinta y original (y no por los anuncios de siempre, con los modelos de siempre y la musiquilla de siempre).

Organics sí lo hacía. Y por eso era una oportunidad única para mí, que tal vez no volviera a repetirse nunca. Ganar la cuenta se había convertido en una de mis obsesiones (junto a la de hacerme con un guardarropa de lujo a precio de ganga y la de librarme de cualquier resquicio de celulitis en mi vida). Aunque estaba segura de que el presidente no me había elegido a mí como directora creativa de la cuenta por esa razón.

Estaba segura de que lo había hecho porque yo era una mujer. Productos para mujeres = creativas mujeres.

Estaba clarísimo.

Sólo alguien como el presidente de Johnson & Jackson podría pensar que eso era una ventaja a nuestro favor frente

a la agencia de la competencia: Designs Inc. Volví a gemir pensando en la competencia.

Daniel Soler.

El otro aspirante a quedarse con Organics y el director creativo ejecutivo de Designs Inc. Uno de los creativos más famosos del país, poseedor de varios premios a escala internacional y una de las peores famas de donjuán del sector. El niño bonito de las fiestas de publicitarios. El que aparecía en boca de todos cuando había que elegir al mejor creativo joven. El que se ponía siempre como ejemplo de trabajo obsesivo, pero también de talento natural. Daniel Soler, el tipo que abanderaba la publicidad más moderna de España.

Salí de la ducha intentando quitarme a mi competidor de la cabeza. No nos conocíamos personalmente, pero habíamos tenido ya muchos encontronazos a lo largo de nuestras carreras. No había trimestre en el que no compitiéramos en algún concurso público, en algún certamen de creativos o en la carrera final para conseguir una cuenta.

Y nunca estaba segura de quién iba a salir vencedor.

Daniel Soler y su agencia de publicidad estaban entre las mejores del momento, y no siempre era fácil competir con su imagen joven y arrebatadora. Johnson & Jackson, en cambio, era una multinacional de las de toda la vida, con exceso de burocracia, demasiada historia y una leyenda negra que combatir. De nada servía explicar a los clientes que las

cosas habían cambiado desde los años ochenta y que ya no hacíamos absurdos juegos de palabras o *jingles* cursis. En la memoria colectiva había demasiados prejuicios contra los que había que luchar. También demasiadas campañas protagonizadas por Pajares y Estes.

Por eso me había contratado el presidente. Yo debía ser la nueva imagen de Johnson & Jackson, una imagen sin caspa. Parecía un juego de palabras malo, pero escondía una nueva filosofía de agencia de publicidad. Sólo tenía que cambiar el rumbo de una nave centenaria con cientos de costumbres absurdas.

Y por eso ahora estaba en Ginebra dispuesta a llevarme a casa un contrato firmado de Organics bajo el brazo.

En los diez años que llevaba en el negocio había conseguido crearme cierta reputación entre mis congéneres como una creativa con gran criterio, ideas geniales y capacidad de sacrificio. Todo ello sin abandonarme al divismo y la megalomanía que imperaba entre los directores creativos más famosos con sus complejos de *prima donna* y hábitos extraños. Yo había llegado arriba de otra forma muy distinta, trabajando muy duro, echándole muchas horas y sopesando durante más horas aún todas las vías antes de tomar una decisión.

Claro que eso tenía sus desventajas, porque podía explicar mis ojeras y las tres canas que acababa de verme.

Rebusqué en mi estuche de viaje, aunque precisaba mu-

cho más que maquillaje para solucionarlo. Necesitaba viajar a Lourdes o, en su defecto, una visita a domicilio de un cirujano de Corporación Dermoestética. Pero no tenía tiempo. Debería apañarme con una ampolla de tratamiento cosmético y el artesanal trabajo de aplicarme maquillaje bajo las bolsas de los ojos. Quizá bastara. Veinte minutos después estaba lista y frente a mi maleta. No había mucho dónde elegir. Con las prisas y la mala vida que llevaba, apenas había tenido cinco minutos para preparar mi equipaje.

No me había arriesgado mucho.

Tenía el vestido de siempre y el vestido de siempre.

¡Ah! Y el vestido de siempre, claro.

El vestido de las presentaciones. Con mayúsculas. Así: el Vestido de las Presentaciones. Una rara ganga que había encontrado en un mercadillo benéfico por mucho menos de la décima parte de lo que costaba en realidad y que se había convertido en mi comodín para cualquier acto de carácter profesional. Era un buen vestido y, lo más importante, me sentaba bien, siendo sexy y elegante a la vez. A aquellas alturas de mi vida se merecía una medalla a la trayectoria profesional más satisfactoria y competente. Lo completé con una chaqueta (el toque más profesional) y unos buenos zapatos de tacón de ocho centímetros.

Ya estaba lista para comerme el mundo. Empezaría por un buen desayuno.

Bajé al restaurante del hotel donde nos alojábamos con la esperanza de no encontrarme a ninguno de mis compañeros antes de tomarme un café solo bien cargado. No tuve esa suerte. Gandarias, Thierry y Paz ya estaban allí, como zombis vivientes, desencajados y discutiendo una a una las diapositivas de la presentación en todos y cada uno de sus detalles, como si eso sirviera de algo a aquellas alturas y pudiera salvarnos en caso de catástrofe.

Sacarle punta a todo era algo normal entre los empleados de Johnson & Jackson, al igual que correr por los pasillos como posesos mientras se mesaban los cabellos como viudas sicilianas cada vez que venían los de Motors Corporation o los de Lux Parfums a una presentación.

—Buenos días a todos —saludé con un murmullo ininteligible mientras le hacía una seña al camarero y le pedía un café.

—Buenos días, Silvia. ¿Qué piensas tú del replanteamiento estratégico de marca que Thierry ha diseñado para Organics?

—Que es demasiado temprano como para que diga algo coherente —contesté, pero no me escuchó o no quiso escucharme, y siguió hablando.

—¿No crees que sugerirles que den un vuelco a su comunicación *below the line* es demasiado arriesgado teniendo en cuenta los beneficios que les ha reportado hasta la fecha? ¿O piensas que, por el contrario, es una baza de cara a sor-

prenderlos el hecho de proponerles dar un *review* total a su forma de trabajar con un *contrabriefing* tan arriesgado?

Así era Paz Sanz, una mujer capaz de enlazar casi setenta palabras sin respirar en menos de medio minuto, probablemente sin entender la mitad de lo que ella misma estaba diciendo. Era una mujer incapaz de prescindir de absurdos términos de marketing en sus discursos (términos que la hacían sentirse más segura en una profesión tan tremendamente subjetiva como la nuestra). Le gustaba sugerir las soluciones más inútiles del mundo, soluciones como: 1) nunca decir «no» a un cliente, no fuera a ser que se sintiera insultado, y 2) en caso de insultarlo, «arreglarlo todo con una visita a la tienda Loewe de la calle Serrano». A cambio, era una mujer leal y tenaz como un bulldog. Por desgracia, también era fea como un bulldog, con su mandíbula prominente que parecía estar amenazándote cuando hablaba contigo, mientras escupía palabras y conceptos contradictorios en inglés.

—Joder —y volví a gemir por centésima vez en lo que iba de día—. ¿Cómo podéis hablar de estas cosas a estas horas de la mañana?

—Silvia, ya pasan de las diez y media. Tenemos que estar en la sede de Organics en menos de una hora.

—Dios... Y ¿dónde está el presidente?

—Ni idea. Durmiendo la mona, seguramente —aclaró Gandarias, el director de la cuenta. Era un hombre de rostro



encantador (como Michael J. Fox en *Regreso al futuro*, para ser más exactos) y menos de metro sesenta de estatura (como Michael J. Fox en *Regreso al futuro*, o en cualquiera de sus películas). Me caía bien, aunque, en mi opinión, era demasiado blandengue con el presidente y los clientes, y no sabía negociar nuestros honorarios. Con él siempre tenía la sensación de que había hecho el papel de un turista español en un zoco marroquí. Aparentemente había conseguido un trato ventajoso, pero la sonrisilla que se le escapaba al vendedor hacía sospechar que no había regateado lo suficiente y que podría haberse quedado el elefantito de marfil por la mitad de lo que había pagado. Por fortuna, mi aumento salarial de enero no dependía de gente como él, sino de lograr cuentas como la de Organics.

Y esa vez iba en serio: necesitaba ese aumento. Las casas en Madrid se habían puesto por las nubes y estaba harta de mi apartamento tipo trastero-de-alquiler. Llevaba meses planeando lanzarme al mercado inmobiliario y hacer una compra. Una buena subida era lo que precisaba.

«Y un novio, Silvia, y un novio», hubiera añadido mi madre, cincuentona y con el mono de nietos a punto de explotar.

Un novio. Yo.

Ja, ja, ja.

La Señora Directora Creativa Ejecutiva (SDCE), también

conocida entre el resto de mis compañeros como la Reina de Hielo (RH). Bastante tenía con mi trabajo como para meterme en líos de cama y anillos de compromiso. No, gracias, tal vez en otro momento.

Intenté no agobiarme demasiado con mis circunstancias y concentrarme en el desayuno bufet del hotel. Ni siquiera la constante verborrea de mis compañeros podía estropear aquellas vistas tan perfectas: mostradores repletos hasta la saciedad de todo tipo de exquisiteces, desde salchichas a salmón, pasando por cruasanes aún calientes y fruta recién preparada. El paisaje tampoco estaba mal. Respiré el intenso olor a bollo relleno de crema y huevos revueltos, y de inmediato me sentí mucho mejor. La comida siempre me ponía de buen humor. Seguramente tendría mucho que ver con mi infancia y con el hecho de que mi madre me metiera un trozo de pan en la boca cada vez que comenzaba a berrear.

O con el hecho de que hubiera sustituido el sexo por chocolate.

Deambulé por la sala con un plato en la mano y lo rellené de todo tipo de exquisiteces: dos tortitas, melón en rodajas, pan integral con tomate natural, embutidos variados y dos napolitanas de crema. ¿Qué queréis? Necesitaba toda la relajación posible para presentar mi mejor cara delante del director de marketing de Organics y todos sus subalternos. Y el desa-

yuno es la comida más importante del día, lo dicen en todos los manuales de nutrición y en los programas de Ana Rosa Quintana. Un buen desayuno hace que durante la mañana estés despierta y llena de energía para afrontar todo tipo de retos profesionales. Porque, como estábamos en Suiza, daba por sentado que los de Organics serían gente seria y profesional capaces de presentar retos, y no subalternos de la talla de Paz Sanz, es decir, meros correveidiles de tres al cuarto.

—Buenos días tengáis todos —susurró una voz ronca a mis espaldas.

El presidente había hecho su aparición estelar muy calladito, con la sombra de una barba mal afeitada, y cara de estar muerto y necesitar un buen embalsamador de confianza. Desde luego, no en las mejores condiciones para presentarse a la reunión del año. Aunque la verdad es que era su estado habitual el noventa por ciento de los días y una gran baza en nuestro país, donde una importante parte de los negocios se cerraban en los restaurantes, tras los postres, animados por varias copitas de pacharán, y en las cacerías de fin de semana. Pero tenía que repetirme que aquello era Suiza y que las cosas serían bien distintas. En Suiza no hay pacharán, no lo conocen. Las endrinas no florecen en Suiza, hace demasiado frío. Sin su mano maestra, la ronda de aguardientes de la casa, el presidente sólo podía ofrecer su imagen de triunfador y hombre seguro de sí mismo. Por desgracia, tras

la noche anterior su imagen ya no era su imagen, sino la de un mendigo al que le hubieran puesto un traje de presidente. No podía reprocharle nada esa vez, porque yo tampoco estaba en las mejores condiciones del mundo. Menudo equipo hacíamos. Seguro que Daniel Soler nos comía con patatas. Si es que le gustaban las patatas, claro. Era tan moderno que las llamaría *chips*. O sea que nos iba a comer con *chips*. Para empezar, era catalán y, por lo tanto, mucho más europeo que nosotros (que nosotros en semejantes condiciones, se entiende). Seguramente iría vestido con trajes de Antonio Miró y sería serio y circunspecto, excesivamente educado y frío, limpio y aséptico. Haría unas migas estupendas con los suizos. Nosotros, en cambio, parecíamos recién salidos de una taberna sucia y llena de humos con olor a fritanga y a oreja a la plancha. Además fumábamos, y eso seguro que quitaba puntos. Con ese pensamiento en la cabeza eché mano a mi bolso para sacar mi paquete de Marlboro Light, pero en seguida recordé que allí estaba prohibido fumar. Allí y en cualquier otro espacio público del país.

—Me voy a morir —dije por lo bajini, pero no lo suficientemente bajo para evitar que el resto de mis compañeros se uniera al lamento.

—Jo, yo tengo el hígado fatal. Necesitaré un trasplante en breve.

—Pues yo os veo a todos doble.

—A mí se me ha borrado la memoria parcialmente y no recuerdo nada de lo que tengo que decir.

—En realidad, yo no soy un estratega. Me lo inventé todo.

Alcé la mano y pedí otro café. Era la única solución que se me ocurría, a falta de drogas.

¿Cómo íbamos a ganar la cuenta en semejantes condiciones?

PLANETA PLANETA